



A. Enrique Obes d'Almeida  
 Su amigo apdo.  
 Hispamer  
 Bogotá, Agosto de 1912.

ISMAEL LOPEZ

De todo corazón te felicito  
 por su triunfo literario al  
 ser nombrado en la Academia de  
 la Lengua. Por el último correo  
 te remití el Journal de la Sociéte

*Próximamente,*

*Flores de Sanos*

**E** L CENTAVRO  
POR ISMAEL  
LOPEZ



SANTA FE DE BOGOTÁ

SAMPER MATIZ & C<sup>ª</sup>, EDITORES

1906



... Un día desgañé en selvas oscuras  
agotadas por un divino aliento  
ramas que al galopar por las llanuras  
mi fiero brazo levantaba al viento. ...



Mayo 25

... Las prendas de reflexión y de estudio paciente que revela su bello poema del CENTAVRO, nada le quitan á la vivacidad de las imágenes y al profundo amor pagano con que usted ha resucitado la nítida leyenda. Hay estrofas que me han hecho vibrar con la misma intensidad que la prosa del Maestro Maurice de Guérin. Déjeme felicitarlo con un abrazo muy largo y muy sincero.....

B. Santín Cano



Quales Eurotæ progignunt flumina myrtos,

*Cat.*

..... Este pastor amado de su rebaño no canta ya sentado bajo las encinas solitarias sino en el reino de Platón donde entona un aire lúgubre. Están mudas las colinas, nuestras terneras vagan mugiendo cerca de los toros y no quieren pacer:

Comenzad el canto fúnebre, comenzad, Musas Sicilianas:

(Epitafio de Bion)

## A LA MEMORIA DEL GLORIOSO

### MAVRICE DE GVÉRIN

muerto á los veintinueve años; renuevo de aquella rama de laurel que un día traspuesta á Massilia se cubrió de hojas y botones bajo las manos de La Fontaine y Fenelon, suscurrió al soplo inspirado de Saint-Pierre y Pablo Luis Courier, "ese verdadero griego cuya figura, sobre todo la boca, abierta hasta las orejas, se asemeja á la de un fauno," y floreció milagrosamente esparciendo sus aromas y desgranando su cosecha de cárneos pétalos, en vida del divino Andrés.

A tí, discípulo de Lamennais, que escribiste que eras un joven tímido, de una piedad dulce y timorata, de organización tan débil que parecía que ibas á quebrarte á cada instante, por lo cual ceñías el cuello de las liras como el único ser contra quien pudieses apoyar tu vacilante naturaleza, como el único capaz de soportar tu abrazo. Tú que escribiste para eliminarte y amabas el mundo porque sabías que el talento es una planta que sólo al viento de las pasiones suelta todos sus perfumes: (Yo estoy dulcemente atado por una cabellera rubia y por brazos delicados, dijo un elegiaco latino) y vivías más torturado por la imaginación que Tántalo por la frescura del agua que irritaba sus labios y el encantador colorido de las frutas que hulan de su hambre; que jovialmente repetías: si el pensamiento es tarde en llegar, un vaso de buen vino lo estimula, y cuando ha llegado un buen vaso de vino lo recompensa, y adolescente aún ceñías de dulces imágenes el fantasma de la muerte como la joven Lauretta de Jacobo Ortiz coronaba de rosas entrelazadas una calavera.... que anhelas disolvarte en los elementos, en los bosques, en las aguas, y remontarte -cual una esencia sutil- al seno del Creador para



saber lo que significa esta vida de un momento sobre la tierra y este silencio que reina del lado acá de la cuna como del lado allá de la tumba.

A tí, "malade d'infini," según te llama Amadeo Renée, que al llegar á París tenías miedo de los hombres, desconfiabas de tí mismo á la manera de un ermitaño que abandonando su gruta siguiese maravillado tras unos labios bermejos, y solitario en medio de las muchedumbres: Dios mío, gritabas, cierra mis ojos, líbrame de ver toda esta multitud cuya vista hace nacer en mí pensamientos tan amargos, tan desconsoladores; pón ante mis ojos una imagen, una visión de las cosas que yo amo, un campo, un valle, un páramo.... y en tu amor de soledad envidiabas "la vie forte et muette qui règne sous l'écorce des chênes"; que en la Bretaña nublada, niño tú del Mediodía - Mignon - recordabas el cielo azul y el país donde los olivos florecen, y saltando exclamabas, así como yo pudiera exclamar de mi cielo del Cauca: ¡cuán mi cielo del Languedoc, tan liberal en luz, tan turquí, tan anchamente arqueado! que amoroso de la buena conversación quizá pensabas con tristura en las tertulias de Bazilio y de Gregorio en la ribera de Aternas y las de Agucilín y sus amigos en la ribera de Ostua.

Tú, Maestro, que con sublime candor nos decías: esa palabra propia, exacta, esa expresión, la única que conviene, de que habla La Bruyère, jamás á gusto de mi espíritu he reconocido que la haya encontrado. Eso confesabas tú, cuyo praxiteles tiene la antigua majestad de los mármoles de Egipto.

A tu memoria, en fin, oh Marceus de Cayla? que á semejanza del atormentado de Belén, "en viaje largo de la polémica cristiana," que en su repunamiento bellísimos hallamos descubiertos el estilo de los Profetas y quería hacer de la sabiduría antigua una israelita, y como el de Hipona que en su vejez se acusaba de las lágrimas que la muerte de Dido le hizo verter, y el docto Clemente de Alejandría, y tantos otros, al ver desvanecerse tras los mares las montañas violetas de la Atoza, no solamente soñaste oír la flauta de Pan bajo el árbol de la Cruz...

# EL CENTAVRO

(POEMA ANTIGUO)



**E**n los antros de aquella selva hirsuta  
que en el límite azul cinge este campo  
en silencio nací bajo una gruta  
como nacen las fuentes, oh Melampo!

Al presentir sus partos cual los brutos  
nuestras madres se internan en la sierra  
y sin llanto ni quejas dan sus frutos  
silenciosos como ellas, á la tierra;

su leche nuestras piernas entumidas  
fortifica y levanta, mas algunas  
veces abandonamos las guaridas  
más tarde que vosotros vuestras cunas:

un oráculo antiguo nos exhorta  
á sustraer la faz á las miradas  
libres viviendo nuestra infancia corta  
como horas á los dioses consagradas.

Cual la purpúrea fruta en las opacas  
penumbras de las ramas suspendida  
sintiendo florecer mis carnes flacas,  
en la espesura se formó mi vida ;

crecí cubierto de un calor salvaje  
y el viento al desgarrar la cabellera  
mansamente convulsa del follaje,  
mostróme el cielo azul por vez primera.

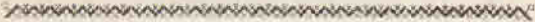
A veces resonante en los collados  
mi madre entraba hasta los antros fríos  
cargada del perfume de los prados  
y húmeda de las ondas de los ríos ;

pero nunca me hablaba de los campos  
en donde huyendo de una sombra ingrata  
reflejaron sus ojos turbios lampos  
de sol, bajo el crepúsculo escarlata;

cuáles serán, decía, los lugares  
hacia donde ella se dirige á solas:  
irá á oír á la orilla de los mares  
los cantos vespertinos de las olas;

quién reina allá tan deleitoso y fuerte  
para alumbrar ú oscurecer sus ojos,  
para tornarla triste hasta la muerte  
ó ceñirle la sien de mirtos rojos.

Tiempos de sobresaltos y de angustias  
en que desesperando en las cavernas  
sacudía los brazos y las mustias  
rocas vencían rápidas mis piernas.



**Y** cual rosado-caracol el ruido  
remeda de la mar embravecida  
resonaba en mi sér vago latido  
de una dorada edad desconocida ;

adivinaba en mis vibrantes venas  
un poder inconsciente como el fuego,  
soñaba con las cálidas arenas  
y con la hembra que se doma al ruego.

Después mis brazos han ceñido el busto  
tembloroso de las rubias centavras,  
el cuerpo de los héroes y el augusto  
tronco de las encinas epidauras ;

mis miradas más jóvenes amaron  
el diáfano verdor de las florestas  
y mis pasos más jóvenes marcharon  
tras la sombra de las palmas e hijestas;

yo sé el misterio que la noche bruna  
en la estrellada soledad encierra,  
yo he visto aparecer la blanca luna  
desde el pico más alto de la sierra;

mis manos alisaron las guedejas  
de las ninfas y antiguas pastorales  
cantar oí en sus labios como abejas  
susurrantes en los dulces panales;

cuando la sed mis fauces oprimía  
reventaba la peña más sonora  
y tras grato reposo me dormía  
oyendo borbolar la agua cantora,

y si extraviado erraba en ancha vega  
por sorprender el viento vespertino  
mi brazo alzaba hacia la noche ciega,  
augurando la hora y el camino.

**E**l silencio y las sombras acompañan  
al encanto secreto de la vida :  
¡antros del Foloé que nunca bañan  
el sol ni las estrellas, escondida

holgura de los campos á vosotros  
debo el ser sobrio que es virtud del fuerte  
y pujante y ligero cual los potros  
de la margen escita, cuando vierte



el alba sobre el mar sus primas rosas ;  
al descender de vuestro sacro asilo  
y ver el sol y oír las rumorosas  
ondas del oceano, hacia el tranquilo

bosque donde nací torné los ojos . . .  
vacilaba mi cuerpo como una  
granada espiga opresa en los rastrojos,  
como bajo el hechizo de la luna.

**A**quella juventud, docto Melampo,  
que de rosas colmó los hombros míos  
al aire libre la pasé del campo  
sumergiéndome inerte entre los ríos ;



jamás amedrentaron su fiereza  
ni el lapita veloz, ni la cercana  
tormenta iluminando mi cabeza,  
ni el espanto de la sombra herculana.

En aquel tiempo ví sobre la orilla  
del Peneo—de los glaucos laureles—  
un hombre en cuya rara faz sencilla  
leí tristezas y dolores crueles ;

despreciéle en mirándolo y me dije,  
llegará á la mitad de mi estatura,  
cuán tardos son sus pasos, cómo aflige  
su palidez y su mirada impura ;

quizá será un centavro maldecido  
por los dioses y arrojado del cielo,  
un reptil de las playas del Olvido  
condenado á arrastrarse así en el suelo.

Una inconstancia indómita y austera  
me arrastraba á correr de tope en tope  
y apenas en mitad de la carrera  
de súbito cortaba mi galope

como si un hosco abismo de repente  
se abriera ante mis pies. Estas sorpresas  
educaban mi cuerpo adolescente  
aún para las épicas empresas.

Un día desgajé en selvas oscuras  
agitadas por un divino aliento  
ramas que al galopar por las llanuras  
mi fiero brazo levantaba al viento;

esa demente rapidez la suave  
movilidad templaba de las frondas,  
mas al brusco reposo como un ave  
cantaban ellas con cadencias hondas;

ante mis ojos ávidos corrían  
los valles y las selvas y las aguas,  
las cimas de los montes que fingían  
en el ocaso fulgurantes fraguas.

Sólo yo, me decía, como el aire  
soy libre: corro, salto, vuelo, grito  
y erguido con olímpico donaire  
desde la cumbre al mar me precipito:

soy más feliz que los torrentes vanos  
que caen mas sin tornar á la montaña,  
el tropel de mis cascós en los llanos  
es más hermoso que el rumor que entraña

la ola agonizante en las arenas  
y el bosque estremecido por las brisas.....


Declinaba la tarde en las amenas  
costas de lejanías indecisas

y mientras respiraba como un horno  
mi nariz y del cerro vacilante  
las sombras esfumaban el contorno,  
ponfame á mirar mi grupa humeante.

**M**elampo, mi vejez llora los ríos  
que perfuraron en mí cual los aromas  
de los vinos en los odres vacíos,  
de los nardos en las viejas redomas;

trasparentes y dóciles lo mismo  
corren bajo las copas de los lauros  
que entre las peñas ó en el torvo abismo,  
más serenos aún que los centavros.

más sabios que los hombres. Cuando el hondo  
seno dejaba de las linfas puras  
sus dones me seguían hasta el fondo  
grave de las durmientes espestras.



**T**ú que tanendo melodiosa flauta  
alegre pasas! quién te ha conducido  
hasta mí que como un náufrago nauta  
viejo y triste me agosto en el olvido;

largo tiempo hace que la edad antigua  
dejóme en el camino abandonado  
y apenas me quedó esta cueva exigua  
donde la agria vejez me ha confinado;

aún me conocen los agrestes lagos  
repuestos en los valles, mas ya nunca  
los trémulos espejos de los vagos  
piélagos copiarán mi sombra trunca.



Cual la respuesta que enclava el prado  
la juventud esparce su frescura  
mas siempre en su follaje embalsamado  
algún murmullo plácido perdura;  
  
viviendo con los ríos; respirando  
á Cibeles ora en los valles ora  
en las montañas sobre el césped blando,  
clarear miraba aurora tras aurora;

después la noche guiábame á la umbría  
gruta en donde apartándose la ignota  
vida que me infundiera el muerto día,  
á la tierra tornaba gota á gota :

como tras la borrasca los bermejos  
pétalos de la lluvia que en las frondas  
tremen entre vivísimos reflejos,  
lánguidos toman á las frescas ondas.

Se dice que los nímenes marinos  
al descender las sombras sus palacios  
dejan por los peñascos argentinos  
desde donde contemplan los espacios

interlunares mientras viene el alba :  
así desde el agudo promontorio  
que me acogió bajo su cresta calva  
veía yo el azul cielo ilusorio :



mis ojos abarcaban la lejana  
campiña, el mar, los cerros escarpados  
donde tras el crepúsculo de grana  
dejó una rosa el sol de los venados ;

allá miraba descender el coro  
de las diosas, en lascivo reproche  
al solitario Pan, el ronco toro  
ó alguna ninfa ebria por la noche ;

las águilas del sacro monte el vuelo  
alzaban en abiertas espirales  
desvaneciéndose en el combo cielo  
ó en los callados bosques inmortales ;

suave hálito escapado de una urna  
el misterio de las auras divinas  
turbaba de repente la nocturna  
serenidad de las viejas encinas.

*Al poeta Rivera Arce*

Tú que peregrinando entre las gentes  
persigues la verdad con ágil planta  
sabe que en estas ásperas pendientes  
hay una piedra que al tocarla, canta:

cuentan que apacentando su rebaño  
Apolo en esa piedra puso un día  
su fausta lira y ese són extraño  
en recuerdo quedó de su harmonía.

Cuando me desvelaba en las cavernas  
furtivo espiaba en los ensueños castos  
de Cibeles dormida las eternas  
leyes que rigen los espacios vastos,

y sólo me llegaban vagarosas  
voces disueltas en la noche, errantes  
soplos del mar, querellas nemorosas  
y el canto de los ebrios navegantes.

Qué avaro pensamiento, oh Macareo!  
me dijo el gran Kirón, tus plantas mueve  
hacia las soledades, qué deseo  
tu dolorosa ancianidad conmueve;

los caballos amados por los vientos  
rumorosos en la Escitia remota  
son menos taciturnos cuando atentos  
miran ponerse el sol en mar ignota;

buscas acaso el germen de las cosas  
é ignoras que las ninfas en risueño  
coro del mar custodian armoniosas  
los labios balbucientes por el sueño?

Se dice que un adusto rey de Atenas  
guardó bajo una roca del Egeo  
el secreto de todas nuestras penas,  
pero do está esa roca, oh Macareo!

Los hombres recibieron de los dioses  
liras para encantar la vida, holgada  
tierra para las mieses, corvas hoces,  
mas de su boca inexorable, nada!

**T**al dialogaba el más bravo centavro  
que vio hajo la bóveda estrellada  
doblegarse á su paso el verde lauro  
y rendirse la hembra más amada.

Yo, Melampo, camino hacia el poniente  
de la vejez sin palmas ni canciones,  
sereno al declinar como el doliente  
atardecer de las constelaciones;

ved mis pies cuán exangües y cuán yertos,  
ellos ay! sólo á su pesar hoy rigen  
estos flancos estériles y abiertos;  
mis miembros al amor ya no se erigen

ni hay quien pueda recrearse con mis blancas  
crines que fueron prietas y lucientes,  
ni quien quiera saltar sobre mis ancas  
y abrasarme con ósculos ardientes;

pero así enflaquecido aún hay días  
en que embriagado por el sol me agito  
en férvida carrera hasta las frías  
cúspides y las cuestas de granito;

¡loado el sol que regocija al triste,  
calienta el surco, orea las bizarras  
viñas y aviva todo lo que existe:  
el sol que hace cantar á las cigarras!

aún puedo ver desde las altas rocas  
surgir del horizonte las distantes  
Hiadas, el Gran Orión, las nubes locas  
en el rojo crepúsculo flotantes;

mas siento dispersarme cual los blancos  
girones de esas nubes en la sierra  
y aguardanme en los pérfidos barrancos  
los voraces abismos de la tierra . . . .

FIN

INDICE

# La Cicvta



N.º 2



## EL CENTAVRO

<i>Frontispicio</i> .....	111
<i>Grabado</i> .....	1
<i>Carta de Sanín Cano</i> .....	3
<i>Dedicatoria</i> .....	5
EL CENTAVRO .....	7
<i>La Cicola</i> .....	30
<i>Colofón</i> .....	32

S. E. DE BOGOTÁ.—TIE. SAMPER MATIZ

CALLE REAL, 428

XX — VII — MCMVI